

Hasta que las piedras se tornen más leves que el agua [fragmento] / Ant3nio Lobo Antunes

7

Cuando volví- de África cualquier ruido me asustaba y yo de rodillas en busca del arma que ya no tenía y pensaba tenerla aún para matar el pestillo de una puerta o la farrá de los vecinos, ametralladoras de tacones de señora, bazucas de pasos de hombre, suspiros de heridos o de cajones de armario, mi mujer intentaba que no reparara en ella y la consecuencia era no ser capaz de quitarle los ojos de encima ya que el ruido que no hacía me ensordecía, la cautela de las suelas, por ejemplo, me daba la certeza de que iban a pisotear al poco tiempo niños vivos que se encogían de dolor, las ventanas se abrían en una protesta de paños del Congo rasgados sobre un cuerpo, el de mi mujer, súbitamente enorme, me impedía huir, pues docenas de brazos me prendían para susurrar

“Calladito

Llevándome a un escondite en la mata donde un comisario me hundía la pistola en el ombligo si por casualidad ella iba de compras tirando un carrito de dos ruedas chuecas que saltaban en la alfombra, las pobres, bajo la descarga de una escopeta, la patrona al mismo tiempo ausente y en todas partes, en la sala, en el pasillo, en la marquesina, mirándome con unas gafas de coser en el vértice de la nariz que me llamaban para sá-

“Tuga tuga

conmigo tratando de explicarle sin conseguir alejarme

“Si no te preocupas de más- tal vez yo sobreviva

y ella sentida, claro, aplastando con el meñique, en el borde del párpado, la desilusión de una l3grima

“Quizá ya no te gusto

y palabra de honor que te engañás, qué tontería la tuya, me gustas sólo que Angola no me abandona, donde estoy yo con certeza, tantos licaones rodeando el alambrado, tantos gallinazos en lo alto, tantos turros a mi espera aquí-, quiero a mi abuela Benilde, quiero a mi madrina, quiero que ambas me digan

“Listo listo

poniéndome la ropa pero no apaguen la luz, sobre todo no apaguen la luz y entréguenme la locomotora de lata que pierde tinta y con una abolladura que no sé quién hizo, no yo, para apretarla contra el corazón, quiero al ordenanza del cereal sin pedacitos en el cuello, en las costillas, pidiendo

“Mi alférez

como si pudiera importarle y no puedo, Bichezas, no puedo, el helicóptero no pudo cargarlo

“Ya no estás aquí- mi alférez

mientras yo insistía con los soldados para que metiesen la camilla allí- adentro y uno de ellos con la mano en mi hombro

“Tenga calma se acabó

cuando había ataques Bichezas se aferraba a un mortero, lo ponía en la vertical, un grito de susto corría en el alambrado

“Bichezas está en el mortero

y nos alejábamos más de él que de los enemigos allí afuera, Bichezas siempre con el retrato de la novia en el bolsillo

“La Finita

que le pusieron en el frente y debe de haberse casado con otro porque Bichezas no llegó, continúa en Angola, Bichezas Bichezas, tratando de entender los morteros, nos servía la cena, conserva de atún con ciclistas, con casaca blanca almidonada

“Señores oficiales

a las cinco y media de la tarde porque a las seis noche siempre, el gasóleo del motor caro, ay Bichezas Bichezas, tan rica aquella tierra comiéndote en un instante, platitos de pepitas, salsa inglesa que el capitán recibía, mi hijo en una esquina de la mesa que no lloraba ni hablaba, durmiendo en una cama de sogá de palmera a mi lado, comiendo con las manos, al regresar de África ganas de pedir a mi mujer muévete, pasea por la casa, existe, tácame con dedos reales, pásame un pie, empójame, no me dejes solo siguiendo acompañado, mamána el cerdo de patas amarradas extendido en el suelo, mi prima que se encarga de la sepultura

“Cómo va a berrear santo Dios

y si fueran sólo berridos, l3grimas también, yo a ella

“¿Alguna vez has bebido l3grimas de animal prima alguna vez bebiste las más-as?

y ella callada mirándome, casi tan vieja como yo, un dolor en las vértebras como mi madre, una bata rayada siempre, el marido en Alemania cartas de vez en cuando

“Cuento con ir ahí- en Navidad

y no venía, mandaba ropa, un anillo, deseo que no hayas engordado y te sirva, qué lloran los cerdos, adivinan, debía sentarme en la plaza bajo la acacia con los demás viejos y quedar a su lado contemplando el tiempo en silencio, no el tiempo allí afuera, los niños adentro acordándome de cuando iba a buscar a mi padre para cenar y allí llegaba él y el bastón y el aneurisma y la gorra que continúa en la percha de la entrada seáor junto con el sombrero negro y una chaqueta de malla olvidada que aún huele a tabaco, aún huele a ti, lo que recuerdo mejor, sé el motivo, no se enfade,

es de su nariz y de la manera como me ordenaba

â€” Dame tu brazo

porque un aneurisma en la barriga dificulta las piernas y duele, querÃ­a levantar los talones y ellos no levantaban nada, parece que mueren antes de la gente y anhelan hundirse en la tierra, a partir de los setenta sÃ­ lo sobrevivimos aquÃ­ fuera de panza hacia arriba, vamos descendiendo de a poco, damos menos trabajo. Bichezas Bichezas no recuerdo el nombre de ese que tomÃ³ su lugar, siento en vuestros deseos la alegrÃ­a, etc., vÃ­jase a la mierda mi general, mi padre nunca se quitaba el chaleco, nunca desabrochaba el cuello y mi madre en el escalÃ³n del patio trasero a la espera, aliviada

â€” De verdad ustedes estÃ¡n bien?

llamÃ¡ndome de parte con la manita de aquÃ­ para allÃ­

â€” QuÃ© es un aneurisma?

y aquÃ­ entre nosotros quÃ© es un aneurisma, cualquier cosa que revienta y se muere ahogado por adentro, mi nuera en la cocina conmigo cuando el sol de la maÃ±ana empujÃ³ el nÃ­spero del patio, con pÃ¡jaros y todo, casi hasta a la mesa de tablero de piedra donde se comÃ­a y algunas hojas arrimÃ¡ndose a

â€” La lata del cafÃ©?

no bien una pregunta, una bÃ³queda enfadada como si la lata del cafÃ©, una antigua caja de galletas medio oxidada y con grabados de caza le perteneciera, yo, en la duda de si le pertenecÃ­a de hecho, buscando alrededor sin dar con ella, ya vagamente mÃ¡s culpable que extraÃ±o, mi nuera un modo de hablar sin signos de interrogaciÃ³n que me ponÃ­a en sintonÃ­a y despuÃ©s alta, agresiva, con ojitos duros que no sonreÃ­an, juzgaban, tan diferente de mi mujer todos pedidos de disculpa y permisos tÃ­midos

â€” Hembra de estribos altos

como dirÃ­a mi padre si el aneurisma no hubiese hecho su trabajo

â€” Hembra de estribos altos

y despuÃ©s unos caracolitos en la nuca, bajo el pelo largo, a los que cualquier hombre es sensible, aunque trate de resistir firmemente los caracoles, con ese no sÃ© quÃ© de ellos, lo ablandan, si por ejemplo mi mujer con nosotros, y a pesar de las piedras, le bastaba un soslayo hacia mÃ­ y entendÃ­a, afortunadamente las ramas del nÃ­spero siempre me escondÃ­an un poco pero daba la impresiÃ³n de que mis dedos hojas tambiÃ©n, ora iluminados ora en la sombra vibrando como los de los presos obligados a abrir la fosa por el jefe de brigada de la policÃ­a polÃ­tica y poniÃ©ndose en cuclillas adentro a la espera de la bala, el doctor en el cÃ­rculo de sillas del hospital

â€” No puede ser verdad

y tiene razÃ³n amigo, no puede ser verdad pero sucediÃ³, quiere que, mi nuera, quiere que le diga el sitio, quiere que le diga el dÃ­a, dos hileras de hormigas, una ascendente y la otra descendente, desde el suelo de la cocina al parapeto de la ventana por donde el nÃ­spero entrÃ³, pasando el nÃ­spero y el cementerio, la sierra en la que aseguran que los gitanos, los zorros, mi mujer todavÃ­a acostada, mirando al techo

â€” Estaba aquÃ­ pensando en mi madre

con la chaqueta de mariposas, desde que el mÃ©dico la elogiÃ³, no en el ropero, en el respaldar de una silla como un trofeo para que ella pudiera de vez en cuando enorgullecerse de Ã©l, en ciertas cosas no creciste quÃ© bueno, continÃ©as niÃ±a, hay momentos, palabra de honor, en que me provoca dar un beso en tu forma de mirar, en la simplicidad de tu alegrÃ­a cuando conseguÃ­as borrar de un soplido todas las velas del pastel de cumpleaÃ±os aÃ±os batiendo palmas a ti misma, feliz, y yo abrazando a la chica que aÃ±on eras tan orgulloso de ti, si no te importa vuelve a llamarme amor ten paciencia, vuelve a llamarme querido, dÃ©nde estÃ¡ la camisa de la primera noche que la tuya

â€” Estaba aquÃ­ pensando en mi madre

te dio, no quiero que me enseÃ±en la lavadora ni el calentador ni el lugar de los objetos, quiero estar feliz de la manera como lidias con esas complicaciones extraÃ±as yo sÃ© jalar los pesos del reloj de cucÃ© y maravillarme con tu modo de orientar al mundo, el jefe de brigada para mÃ­ guardando la pistola en la funda, con el tono de quien revela evidencias

â€” La mala hierba se arranca seÃ±or alfÃ©rez

maravillarme de tu modo de orientar al mundo, mi nuera a mÃ­

â€” Su hijo

y callarse de pronto encogiendo los hombros y diciendo no con la cabeza, mi hijo que despuÃ©s de tres meses de haber estado conmigo, aÃ±on en Ãfrica por tanto, me dijo por primera vez, de pronto

â€” Padre

Ã©l que no hablaba portuguÃ©s dijo

â€” Padre

sentado en el suelo jugando con unos palitos, todo concentraciÃ³n y dedos, nunca habÃ­a visto nada tan serio como un niÃ±o que juega, sin fijarse en mÃ­, casi a mis pies y distantÃ­simo, ya que entre los palitos y Ã©l un entendimiento secreto y a pesar de poder tocarlos no sÃ© dÃ©nde estaban, lo que existe mÃ¡s cerca es siempre, eso la vida me enseÃ±Ã³, lo mÃ¡s difÃ­cil de encontrar, echÃ© un vistazo y mi mujer ya no pensaba en la madre, dormida en la cama con la chaqueta de mariposas vestida y entonces comprendÃ­ que la abotonara contra la muerte que en su idea la amenazaba no dentro de sÃ­, sentada en el borde de la colcha mirÃ¡ndola o bajo la forma de medicamentos en la mesita de noche, un vaso de agua, un termÃ©metro, esos disfraces suyos, piensa un poco, vacila, se decide, nos pone la palma en la cabeza y se va dejÃ¡ndonos o sea dejando en nuestro lugar aquello que no somos vivos mientras la mariposa crece en la chaqueta, pelitos mojados que nos van creciendo en las sienes y arrugas diferentes de las que tenÃ­amos parecen hacernos mÃ¡s sabios, mÃ¡s graves, nuestras manos tan manos, un restito de pupila estancado en el pÃ¡rpado, un relieve que disminuye en la sÃ­bana, mi mujer al tocarme el brazo

¿¿¿¿ ¿¿"¿¿¿¿¿¿ pas¿¿?

¿¿¿¿ ¿¿ acerc¿¿ndose a costa de recobrar la cara, para posar dos dedos en la mejilla

¿¿¿¿ ¿¿ "D¿¿¿¿¿¿ dormir

¿¿¿¿ ¿¿ y mi hija a la entrada de la habitaci¿¿n, con la palma en la manija, no bonita pobre, no elegante pobre, con una falda torcida que no iba bien con la blusa donde un bot¿¿n desafortunado, dando idea de ser m¿¿s grande que los restantes, ped¿¿-a ayuda en vano, qui¿¿n en esta vida, d¿¿-game, auxilia a los botones, qui¿¿n se interesa por ellos, mi mujer, a quien el tiempo nunca le preocup¿¿, repentinamente inquieta

¿¿¿¿ ¿¿ "¿¿¿¿¿¿ hora es?

¿¿¿¿ ¿¿ como si las horas le estuvieran medidas, lo que sabr¿¿ ella con certeza del ri¿¿n, no preguntaba fuese lo que fuese al m¿¿dico, se limitaba a estar de acuerdo moviendo la cabeza, no parec¿¿-a inquieta, hac¿¿-a los ex¿¿menes y los tratamientos que le mandaban, no se observaba al espejo midiendo desgracias, no se lamentaba de la pierna derecha un tanto contra¿¿-da, le sent¿¿-a los insomnios porque el cuerpo demasiado inm¿¿vil y apuesto que los ojos abiertos est¿¿n pensando en qu¿¿, imaginando qu¿¿, sintiendo qu¿¿, si le tocaba ella indiferente o entonces una sonrisa porque la oscuridad cambiaba, quiere decir permanec¿¿-a oscura pero con ella m¿¿s a mi lado all¿¿- adentro, casi como hace treinta a¿¿os, casi como hace cuarenta y a prop¿¿sito de a¿¿os qu¿¿ edad tendr¿¿ mi hija que no s¿¿ con certeza, tengo que hacer las cuentas a partir del momento en que regres¿¿ de ¿¿frica pero en qu¿¿ momento vine de ¿¿frica si contin¿¿o en Angola, licaones y licaones que nos persiguen de a dos tratando de modernos los tobillos, las rodillas, tratando de saltar hasta nuestras gargantas, el jefe de brigada hacia m¿¿-, disgustado

¿¿¿¿ ¿¿ "¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿ las personas de este pa¿¿-s se dar¿¿n cuenta de que nos encargamos de ellas?

¿¿¿¿ ¿¿ y el psic¿¿logo del hospital mientras el jefe de brigada le apuntaba con la pistola y ¿¿ le apartaba el ca¿¿n con la mano

¿¿¿¿ ¿¿ "No lo creo

¿¿¿¿ ¿¿ mi hija treinta y muchos a¿¿os o eso y soy yo quien no cree ahora, ya un asomo de pliegue en cada extremo de la boca, mi hijo, mayor que ella ning¿¿n pliegue a¿¿n, es negro y a los negros la edad les llega de repente, instant¿¿nea, una ma¿¿ana, de pronto el cuerpo sin m¿¿sculos, los ojos rojos, la dificultad de caminar, mi nuera mostr¿¿ndome la taza vac¿¿-a

¿¿¿¿ ¿¿ "Quer¿¿-a otra

¿¿¿¿ ¿¿ sin moverse de la banca pero con m¿¿s muslos en la voz, me parec¿¿ que las pupilas de repente y me enga¿¿o con certeza, la gente a veces confunde, tengo setenta y tres a¿¿os, soy suegro de ella, sigo respet¿¿ndome, alardes ni so¿¿ar, mi mujer cree en m¿¿- a pie juntillas, la ¿¿nica treta que me sucedi¿¿ fue una estupidez hace siglos con una colega del trabajo despu¿¿s de una reuni¿¿n con el director en que me qued¿¿ a su lado y en esto una rodilla, por casualidad aguda, debajo de la mesa, pens¿¿ que era sin querer, me alej¿¿ un poco y la rodilla insisti¿¿ sobre todo mientras la due¿¿a, ni me acuerdo del nombre o sea me acuerdo, Teresa, mientras la due¿¿a hablaba dibujando los rombos en un bloc y yo, no escuchando las palabras, observando los rombos y una falta de barniz, por se¿¿al blanca, en el ¿¿ndice, como si tomara notas el barniz blanco escribi¿¿ una direcci¿¿n r¿¿pida debajo de los rombos, con el pretexto de acomodar el bloc lo desliz¿¿ un poco hacia m¿¿- con la punta del bol¿¿-grafo se¿¿alando la direcci¿¿n mientras la rodilla m¿¿s activa, le¿¿- el nombre de la calle, el n¿¿mero, el piso y cuando quise comprobar mejor si derecha si izquierda el bol¿¿-grafo lo subray¿¿ antes de tacharlo, la rodilla una presi¿¿n definitiva de est¿¿ acordado, yo una presi¿¿n ciert¿¿-sima, encontr¿¿ndome inc¿¿modo porque a¿¿n en la v¿¿-spera hab¿¿-a cumplido a¿¿os de casado que conmemoramos con los ni¿¿os peque¿¿os y un pastel de diez velas y despu¿¿s de eso en el cuarto, con la puerta cerrada, donde mi mujer se puso el camis¿¿n de dormir de la primera noche, el blanco con encaje, que a¿¿n le serv¿¿-a, a pesar de ser un poco menos ancho, un poco descosido, en ciertas partes de los encajes un poco amarillo que no es s¿¿lo para nosotros que el tiempo va pasando y no me puse el pijama, cubr¿¿- la desnudez con la s¿¿bana, mi palma encontr¿¿ su mu¿¿eca, su cabeza se transfiri¿¿ de la almohada a mi hombro y a la boca

¿¿¿¿ ¿¿ "Amor

¿¿¿¿ ¿¿ bajito, en un hilo, pero

¿¿¿¿ ¿¿ "Amor

¿¿¿¿ ¿¿ ya que se mantuvo discreta en todo desde el primer d¿¿-a, de las expansiones a las enfermedades, aun hoy con las piedras y los seis meses con suerte que no molesta a nadie, si le pregunto por molestias responde siempre

¿¿¿¿ ¿¿ "Me encuentro excelente

¿¿¿¿ ¿¿ si bien las cejas circunflejas bajo las cejas derechas que bien se nota por hacer una vaga sombrita en los ojos que se oscurecen, pobres, quien no la conoce trague, quien la conoce comprende, fui en busca de la direcci¿¿n con el

¿¿¿¿ ¿¿ "Amor

¿¿¿¿ ¿¿ en mis o¿¿-dos y el brazo tirando de la espalda hacia s¿¿-, una calle no muy distante pero en un barrio confuso, largu¿¿-sima, que subir, llena de peque¿¿as sastrer¿¿-as, una lavander¿¿-a modesta, restaurantitos modestos de obreros, un establecimiento modesto de cerraduras y llaves, un dentista modesto en una planta baja pero una placa pomposa anunciando implantolog¿¿-a, dos carnicer¿¿-as modestas, casi seguidas, con cad¿¿veres pelados en ganchos

¿¿¿¿ ¿¿ "¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿ ser¿¿ que las personas de este pa¿¿-s se dar¿¿n cuenta de que nos encargamos de ellas?

¿¿¿¿ ¿¿ una florista modesta y melanc¿¿lica y al ver rosas rojas, no muy frescas, en el escaparate el

¿¿¿¿ ¿¿ "Amor

¿¿¿¿ ¿¿ resucit¿¿, un

¿¿¿¿ ¿¿ "Amor

¿¿¿¿ ¿¿ con u¿¿as que me alejaban por adentro sin mencionar un peso de remordimiento que me incomodaba el alma, la calle un asunto complicado porque los n¿¿meros de las puertas en vez de uno, tres, cinco, etc. ten¿¿-an una a, una be, una ce despu¿¿s del n¿¿mero y por lo tanto comenc¿¿ a pensar qu¿¿ infinita adem¿¿s de poco iluminada, edificios algunos de ellos tapiados, fallas en los azulejos, tuber¿¿-as torcidas y restos de letreros ya con varios inviernos agitando harapos,

la puerta del ochenta y nueve abierta, con una manita de fierro asiendo una bola en lugar de timbre y el interruptor de la luz averiado, una escalera con escalones altÃ-simos y un pasamanos metÃlico que temblaba mÃs que yo, se disolvÃ-a en la tiniebla a la que aÃ±adÃ- una queja de

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Putra madre

Ã Ã Ã Ã Ã sumada al

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Amor

Ã Ã Ã Ã Ã aumentando la culpabilidad y dificultando la subida, los rellanos estrechos, uno de ellos atrancado por un coche de bebÃ del que me costÃ³ desembarazarme pues parecÃ-a tener ganchos que me agarraban, prendÃ-an, exigÃ-an que permaneciera con ellos, me dejaban por fin contra su voluntad, en un refunfuÃ±o de resortes, empecÃ© a distinguir una claraboya en el

Ã Ã Ã Ã Ã â€”CuÃndo serÃi que las personas de este paÃ-s seÃ±or alfÃrez

Ã Ã Ã Ã Ã techo, de Ãsas con vidrios cuadrados, blancas de polvo y suciedad en una claridad difusa y siluetas de palomas d acÃ para allÃ, al contrario de las tÃrtolas duermen mal, las palomas, siempre con miedo de que los turras, siempre con miedo de que un gato o un mochuelo disparen sobre ellas, las agarren por las patas, les destrocen la espina, las coman, mi mujer en su lugar del sofÃ, con el cojÃ-n menos hundida, bordando frente al televisor sin sonido que no veÃ-a, saber que habÃ-a siluetas moviÃndose allÃ- cerca, aunque fuese en una pantalla, la consolaba, y el hecho de conocer toda la trama y todas las emociones que habitaban aquella casa me culpabilizÃ³ aÃn mÃs, por mis cuentas estaba en el tercer piso segÃn la colega escribiÃ³ aprisa en el bloc, tanto como mi cerebro sin sangre, ya que toda la sangre en las piernas derivada al esfuerzo de subir y por lo tanto desprovisto de glÃbulos rojos que me oxigenan entendÃ-a, yo idiota, confuso, en el tercer piso ningÃn carrito de bebÃ, sÃlo una bolsa de plÃstico de basura con un nudo encima desde la cual un cuello de botella aguaitaba olfateando las cÃscaras de naranja y dos puertas cada una con su felpudo, el de la izquierda un Bienvenido medio borrado, el de la derecha una carabela borradÃ-sima, de casco gordo y velas gordas, de bolina en una marea alta de pelos y cuÃl de las dos puertas la de la colega Santo Dios, ademÃs de no recordarme, se ha planteado el siguiente problema: Â¿el derecho a la derecha y el izquierdo a la izquierda de quien sube las escaleras? porque en el caso de bajar yo llamarÃ-a derecho al que al subir habÃ-a llamado izquierdo e izquierdo al que al subir habÃ-a llamado derecho lo que se me figurÃ³ un contrasentido o entonces eso de derecho e izquierdo tenÃ-a que ver cuando se estaba en el interior del edificio, de cara a la calle y de espalda a las puertas en que el derecho a nuestra derecha y el izquierdo a nuestra izquierda, lo que me parecÃ³ razonable, cuanto mÃs no fuera porque no llevarÃ-a la vida cambiando, en relaciÃn al mismo departamento, de derecha a izquierda e izquierda a derecha aunque esta soluciÃn ocasionara, por lo menos, un problema adicional

Ã Ã Ã Ã Ã (me eximo de otros igualmente complejos que tambiÃn me vinieron al meollo y que sÃlo no enumero para no cansaros)

Ã Ã Ã Ã Ã que consistÃ-a en saber de quÃ lado del vestÃ-bulo quedaba la calle ya que los vestÃ-bulos pasibles de varias posiciones y quiÃn garantiza en conciencia que las calles, tal como las personas, no se alteran, por ejemplo calles que conocemos de niÃ±os y volvemos a ver de adultos de pronto ellas estrechas cuando eran larguÃ-simas, claro que se puede plantear la hipÃtesis de que hemos ido aumentando, pero habremos aumentado de hecho y cuÃnto y cÃmo, preguntas difcilÃ-simas y de respuesta aleatoria, impregnadas de factores emocionales y por consig

Ã Ã Ã Ã Ã â€”En vuestros semblantes la alegrÃ-a de ir a servir

Ã Ã Ã Ã Ã uiente fallibles, yo tentado de decir, con un poco de presunciÃn, hay momentos en que la presunciÃn no hace mal y siempre refuerza un tanto, aunque sea poco, el ego que en ciertos y determinados momentos tanto necesita, no es verdad, el triste, con una pequeÃa dosis de cariÃ±o, atenciÃn, desvelo, y mientras sondaba el sutil rumor de las inquietas arenas de la memoria con la esperanza de que el bloc de la colega surgiese, incluso un poco turbio, entre un soldado de plomo sin brazos, que perdÃ- en la casa de la aldea, y la desnudez imperecedera de mi prima Yolanda, que despuÃs engordÃ³ tanto, doblada hacia delante, de espaldas a mÃ-, eligiendo un sostÃn en el cajÃn de la cÃmoda y que al volverse con un grito de apuÃalada

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Sal ya

Ã Ã Ã Ã Ã instalÃ³ en mi alma la sÃlida certeza, que hasta hoy se mantiene inquebrantable, de que la mujer constituye sin duda la Ãnica posible salvaciÃn del hombre, pero dejando con esfuerzo a la prima Yolanda cuyo recuerdo continÃa perturbÃndome con sus bien distribuidas protuberancias y concavidades que la grasa, supongo yo, inf

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Bichezas estÃ en el mortero

Ã Ã Ã Ã Ã elizmente deshecho, la grasa, el azÃcar, la dificultad de respirar y los ojos redondos mirÃndonos con pavor

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Voy a morir

Ã Ã Ã Ã Ã y de hecho prima asÃ- es pero deje allÃ- que hizo de mÃ- un hombre, pasmado aunque el hombre el que ciertamente la consuela, nos consuela siempre a todos, en el cementerio o en la vida y en cuanto al derecho y al izquierdo habiendo fallado la metafÃ-sica resolvÃ- probar las dos puertas cada cual con su botÃn de timbre de un color diferente que como los tiempos y las voluntades los gustos tambiÃn cambian, licaones de orejas enormes, trotecito pequeÃ±o y bocas siempre abiertas, cada uno con su hilo de baba larga y bamboleante y las pupilitas crueles, presionÃ© fuerte en el primer botÃn, a la izquierda de quien sube los escalones y no correspondiendo necesariamente al tercer piso izquierdo por los motivos atrÃs deducidos y un carillÃn monstruoso de catedral, como catedral, de monasterio infinito, sacudiÃ³ el edificio desde la base hasta la claraboya y el pobre de mÃ- con Ãl, sujeto a un tornado de campanadas feroces, yo con ganas de pedir socorro gritando un

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Amor

Ã Ã Ã Ã Ã que docenas de campanas ahogaron de inmediato impidiendo que mi mujer oyera, es posible que tenga sentido cualquier cosa vaga, una especie de incomodidad, de desconuelo, de suspiro pero estoy seguro de que no pensÃ³ en mÃ-, pensÃ³ en un guiÃ±o interior entre el estÃmago y la nuca o en las corrientes de aire del alma cuando las ventanas

dentro de nosotros se abren al pasado asÃ- como un postigo mÃ-o se abriÃ³ a la prima Yolanda mostrÃ;ndome cÃ³mo el mundo cabe entero en una Ãnica mujer, Bichezas nos servÃ-a la cena, atÃ³n de ciclistas, con chaqueta blanca almidonada

Ã Ã Ã Ã Ã â€”SeÃ±ores oficiales

Ã Ã Ã Ã Ã Bichezas que el helicÃ³ptero no cargÃ³ con el retrato de la novia en el bolsillo

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Finita

Ã Ã Ã Ã Ã entre dos amigas, del brazo con ellas, las tres sonriendo medio avergonzadas junto al cedro de un jardÃ-n de provincia, con quiÃñones habrÃ;n casado a las otras y tal vez te habÃ-an olvidado, tal vez no te habÃ-an olvidado, ay Bichezas Bichezas, por extraÃ±o que parezca, amigo, aÃ³n guardo tu risa tÃº que a pesar del mortero vertical no mataste a nadie y mirabas los cadÃ;veres con un terror respetuoso persignÃ;ndote tres veces y besando el pulgar, el sargento mostrÃ;ndome tu pulserita de plata de poca monta, con la fecha con un significado que yo desconocÃ-a grabada en ella

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Ã¿QuÃ© se hace con esto?

Ã Ã Ã Ã Ã y la mandamos a la familia que nunca agradeciÃ³, tal vez la Finita le diera mÃ;js valor pero tampoco agradecerÃ-a, para

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Veo en vuestros semblantes la alegrÃ-a de ir a servir a la Patria

Ã Ã Ã Ã Ã para quÃ© y despuÃ©s quÃ© palabras, y despuÃ©s no soy verso en la prosa, el problema es que la fecha de la pu que aÃ³n hoy me intriga, ignoro quÃ© pensar de ella, si por casualidad preguntase aquÃ- en la casa de la aldea en la vÃ-spera de la matanza del cerdo

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Ã¿QuÃ© creen que piense de ella?

Ã Ã Ã Ã Ã dudo que me respondieran, fue hace tantos aÃ±os no y no hay nada que no se olvide, seÃ±or alfÃ©rez, si la gente olvidara, usted fue alfÃ©rez en Ãfrica no, lo sabe mejor que yo, estoy aquÃ- para dar lecciones, disculpe, cÃ³mo podÃ-a vivir, el segundo timbre tintineo distante como un gorriÃ³n con un ala que desiste en el suelo, mi nuera para mÃ-, calentando agua

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Ã¿Quiere mÃ;js cafÃ©?

Ã Ã Ã Ã Ã o sea una flor azul escupiendo los pÃ©talos y la colcha de mi cuarto un suspiro largo, tÃº sÃ³lo piedras no, casi sÃ³lo piedras ahora, se salvaba tu voz, se salvaban tus dedos

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Ven aquÃ-

Ã Ã Ã Ã Ã y yo me acercaba, me aprieta la mano con fuerza, con mÃ;js fuerza, no salgas, detrÃ;js de la puerta de la colega del empleo silencioso, despuÃ©s del silencio zapatos que iban aumentando, sÃ³lo un resquicio, la nariz de ella en el resquicio, con la nariz un cuchicheo

Ã Ã Ã Ã Ã â€”VÃ;jase pronto que mi marido ha regresado mÃ;js temprano de Porto

Ã Ã Ã Ã Ã el cuchicheo transformado en voz

Ã Ã Ã Ã Ã â€”No necesitamos Biblias gracias

Ã Ã Ã Ã Ã y la puerta cerrada, el felpudo de la carabela extinguiÃ©ndose, yo en la oscuridad del vestÃ-bulo esperando que la sombra de las palomas en la claraboya allÃ; arriba me ayudara a bajar, no es sÃ³lo la luz, hay sombras que nos guÃ-an, la de mi abuelo por ejemplo

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Ojo con el escalÃ³n chico

Ã Ã Ã Ã Ã la de mi tÃ-o JerÃ³nimo que la carta de llamada de CanadÃ; llevÃ³ y me ofreciÃ³ una carabinita de presiÃ³n de aire para los tordos en la aldea con la que yo nunca acertaba ni a una rana a diez centÃ-metros cuanto menos a un pÃ;jaro mi padre a mÃ-

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Lo mejor es guardar eso que todavÃ-a puedes lastimarte

Ã Ã Ã Ã Ã mucho antes de Angola, claro, mucho antes de lastimarme, tres puercos en el chiquero, el nuestro el mÃ;js grande, de pestaÃ±as transparentes masticando, masticando, de vez en cuando un suspiro, de vez en cuando un sollozo y yo viÃ©ndolo desde el muro calculÃ;ndole el peso

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Mi marido ha regresado mÃ;js temprano de Porto no necesitamos Biblias

Ã Ã Ã Ã Ã y cuando el pestillo volviÃ³ a su sitio una voz allÃ; adentro

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Ã¿QuiÃ©n era?

Ã Ã Ã Ã Ã mi mujer

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Amor

Ã Ã Ã Ã Ã pasados â€”tantos aÃ±os, mi hijo en ropÃ³n

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Ã¿AÃ³n sobra cafÃ©?

Ã Ã Ã Ã Ã insistiendo con Bichezas

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Ã¿AÃ³n sobra cafÃ©?

Ã Ã Ã Ã Ã y Bichezas buscando en el banco, entendÃ-, ya en el primer escalÃ³n, la colega del empleo al marido que llegÃ³ mÃ;js temprano de Porto

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Uno de esos Testigos de JehovÃ; que quieren a la fuerza catequizar a la gente

Ã Ã Ã Ã Ã y fui bajando las escaleras, vencido, con remordimiento por mi mujer, enojado conmigo, detestÃ;ndome, afligido con aquellos escalones inmensos que me temblaban las piernas, con miedo del coche de bebÃ©, ya no recuerdo en quÃ© piso, que me atacarÃ-a de nuevo, el jefe de brigada en un gesto entristecido

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Hay quien comprende mal nuestro trabajo, Ã¿sabÃ-a?

Ã Ã Ã Ã Ã de repente casi humano, casi infeliz, casi frÃ;gil, casi tierno, casi apretando mi hombro, me surgen momentos en que si pudiese abrazaba a toda la gente, quÃ© tonterÃ-a, Bichezas sirviendo a mi hijo

Ã Ã Ã Ã Ã â€”Un poquito aguado Ã¿no cree?

Ã Ã Ã Ã Ã como si Ã©l un blanco como nosotros, no un mono grabado en un mango de bastÃ³n, como si Ã©l no un enemigo, yo tuviera la ge tres, si tuviera un cuchillo, si lo dejo quedarse en Ãfrica para servir como mascota a la compaÃ±a

siguiente en lugar de traerlo a Portugal, a Lisboa, a mi casa en lugar de darle mi nombre y considerarlo mi hijo de vuelta a la calle larga y estrecha, las tiendecitas, los edificios, mi mujer viendo las horas en el reloj de la cocina y volviendo al sofá, todavía no inquieta con mi retraso, aún no apocada por las piedras porque fue hace tanto tiempo de eso, me crucé con la colega del empleo dos o tres veces después, dos, una en el pasillo y otra en los lavabos que en lugar de papel para secar las manos echaba un aliento eléctrico por un pico cromado que no se secaba sea lo que sea y me obligaba a frotar los dedos en los pantalones, la colega que no me saludó, en la primera ocasión comenzó a sonarse disuelta en el pavimento y en la segunda se detuvo, mirando a la ventana en busca de no sé qué en la bolsa, quizá

Uno de esos Testigos de Jehová que quieren a la fuerza catequizar a la gente tal vez de sí misma mientras yo seguía caminando en la calle pasando una tienda de bagatelas, una agencia funeraria, un taller de automóviles, una boutique de maniqués desnudos que me devolvieron vagamente a la idea la prima Yolanda y yo casi una sonrisa enternecida equivalente a una palmadita en la mejilla del niño que fui y me miró indignada, ya con este pliegue entre las cejas que fue creciendo hasta hoy

No me toque usted porque mis padres me habían prevenido, con expresiones severas que me asustaban, para que no me acercara a los extraños ni aceptara chocolates, de vez en cuando una transversal a la izquierda conmigo pensando

¿Sigo aquí no sigo? ya que empezaba a temer que aquellos números infinitamente repetidos en aes, bes y ces no terminaran nunca o sea días y días caminando sin descanso, alimentándome aquí y allá en cafecitos sombríos hasta que gastase el dinero de la cartera, una oficina de correos cerrada claro, una segunda agencia funeraria que con certeza amortajó a los infantes que me, yo al jefe de brigada

Quizá tiene razón precedieron hasta que sumiso gastase el dinero de la cartera lo que no hacía mal porque enseguida siguiendo no el fin de Lisboa, el fin del mundo, es decir, un acantilado repentino y mirando hacia abajo, a lo más profundo, estrellas, quise llamar a mi madre, quise llamar a mi abuela, quise sentarme en el borde de la acera con la esperanza de que un Ángel, tal vez el psicólogo en el círculo de sillas del hospital, me tomase del cuello y me llevase para presentarme a la esposa

Uno de mis traumatizados de guerra vuelta y media un taxi, una o dos furgonetas, una ambulancia con nombre escrito al revés, ainalubma, porque los retrovisores zurdos y aquí una idea que nunca se me habrá ocurrido, lo que pueden los genios, el jefe de brigada ajustándome el cuello.

Aunque bien me entiende lleno, gris, de uniforme amarillo, venido en un helicóptero sin insignias para interrogar a los presos y después de kilómetros de angustia una placita a lo lejos, de cosas con tobogán, columpios y mesas para que viejos jueguen dominó, siempre había una silla de ruedas, había siempre uno de barba, había siempre uno que sacaba puntas de cigarrillo de la faltriquera y fumaba dentro de la lengua, siempre había todos sin contener el pipí, siempre había un sujeto con un balón de gas al hombro asistiendo, y seoras de edad tullidas, y palomas, y un pato en una agitación de caderas por haber perdido su lago, mi hijo aquí en la casa de la aldea tranquilizando a Bichezas

Ni por eso Bichezas ni por eso mientras que la Finita y las amigas cuchicheaban carcajaditas, miradas con desprecio por mi nuera claro, el cerdo de mamá seguía comiendo con una de las orejas hacia arriba y la otra caída, me apresuré en dirección a la placita ya que existiendo una placita aunque llena de cubatas y negros salvo yo y allá estaba ella de hecho, sin los matusalenes del dominó y los lisiados con dos bastones pero con una palmera derecha al cielo, lista para limpiar el polvo de los muebles de los ángeles, al llegar el ladrido del teniente durante la instrucción militar, con botas más ligeras que las nuestras y sin una cantimplora medio llena para que cueste más, sin paño de carpa, sin máuser, animando un pelotón sin bronquios

Marcha lento y como quieras y nosotros tambaleando a ciegas repitiendo en una especie de tos y secreciones y sofoco

Es nuestra siempre que

Angola con el cabo miliciano sacudiéndonos el brazo

Responda nuestro cadete con nosotros insistiendo

Es nuestra en un vagido moribundo de gruta que así se tiembla el acero, así se forjan los hombres, pena no nos enseñan soplar bajito

Cuando mi abuelo supiera se mata cuando mi abuelo supiera se mata que tenemos que aprender a nuestra costa, solos, como tenemos que aprender solos

Ave María llena de Gracia como tenemos que aprender solos

Mata mata la palmera inmensa allá en lo alto disuelta en lo oscuro entre murmullos y chasquidos como todas las palmeras por la noche al mismo tiempo que yo, durante la instrucción de mi pelotón, corriendo con botas más ligeras, sin cantimplora medio llena, sin paño de carpa, sin máuser, gritando

Angola

en dirección a las criaturas en agonía que respondían
"Es nuestra
mi hijo en la casa de la aldea a Bichezas
"Gracias Bichezas
y Bichezas tan digno en el frente a pesar de la cabeza envuelta con un trapo y de una mosca en la puntera
derecha limpiando la nuca con las patas, la tapa de la urna al bajar la prendió allí- adentro de modo que ya tienes una
amiga chico buen provecho te haga, el general en el muelle hablaba de la alegría de nuestros semblantes sin quitarse
los guantes, al acabar dobló la alegría de nuestros semblantes y la metió en el bolsillo, siguiendo a la placita de los
matusalenes, con palmera, tres calles a la derecha, una calle de frente y dos calles a la izquierda, esto respetando el
sentido contrario a las agujas del reloj, en una de las calles a la izquierda, a la distancia, el río, luces en la otra orilla, lo
que tal vez fuera un paquete, yo al recluta que era
"Marcha lento y como quieras
yo a mamá-
"Marcha lento y como quieras
en una avenida con un cine apagado que me parecía conocer, junto a un bar alternativo ante el cual un conductor
blanco abrió a con respeto la puerta trasera de un automóvil caro, con matrícula diplomática, del que salían, riéndose,
un par de negros mucho más bien vestidos que yo, sin extenderme las latas oxidadas pidiendo comida,
despreciándome, esto es, sin siquiera mirarme, nunca me topé con pantalones tan almidonados, nunca vi zapatos tan
lustrados, nunca sentí tanto olor a perfume franceses, nunca deseé tanto estar con un arma como en ese momento y
barrerlos, mirar sus cuerpos en el suelo, saltando a cada bala, nunca quise pedirle tanto a un cabo y cortarles las orejas,
las manos, las partes que iban a usar en unas horas, mi hijo sin extender el café
"Padre
y Bichezas muerto porque ellos lo mataron sin más con su mosca bajo tierra, mi nuera levantándose con miedo,
mi hijo apoyando los nudos de los dedos en la mesa sin reconocermelo, reconocermelo sin reconocermelo
"¿Qué pasa con usted padre?
mientras un gallinazo giraba en círculos lentos sobre el alambrado de pías, mientras la llama ardía al fondo,
mientras el quimbanda exhibía a al pueblo
"Euá
el gallo degollado con cuya sangre él dibujaba en su propio cuerpo, bailando siempre, arabescos sin fin, veo en
vuestros semblantes la alegría de servir a la patria, veo en vuestros semblantes, paso de carrera marcial, la alegría de
ir a servir a la patria, veo en vuestros semblantes la alegría, mata mata, quema quema, de ir a servir a la patria, los
negros casi a la entrada del bar sin mirarme, hijo mío
"Pare con eso padre
y paro con eso que, tío ves que no consigo parar, por más que lo intente y palabra de honor que intento, te pido
que creas en mí-, por más que intente no consigo parar, el primer negro se volteó pero el fuego de la ametralladora lo
empujó contra el candelero y fue bajando hasta el suelo sacudiéndose, de rodillas sobre la propia sombra y luego
extendido de bruces
"Mi gorila de mierda mi gorila de mierda
junto a la puerta del bar, el segundo intentó avanzar hacia nosotros con la palma en alto
"Amigos
pero la primera ráfaga del apuntador lo lanzó contra el automóvil, la segunda lo mantuvo de pie, la tercera lo
dobló por el estómago mientras erguía el brazo
"Muata
y se deslizaba despacio del capó balanceándose en un último
"Muata
ininterrumpido, al entrar en casa mi mujer con su voz tranquila sin interrumpir el movimiento de la aguja
"No es tarde ¿o sí-?
ni reparar en el camuflado, ni reparar en el ge tres, ni reparar en mis dedos enormes, en mi voz que se odiaba a
sí- misma
"Lo que a la gente le gusta oír hablar en las reuniones de trabajo Dios mío
y mientras mi hijo, aliviado, volvió a tomar el café
"Se disfrazó bien vaya
me senté en mi lugar del sofá, propuse
"¿Vamos a la cama al menos?
y mi mujer guardó el bordado en el cesto estando de acuerdo
"Amor. Traducción del portugués de Renato Sandoval Bacigalupo
"Otra manera de llamar a los portugueses. Viene de «Por-tuga-l» (todas las notas son del traductor)

Lica es un perro africano parecido a la hiena.

Turros son guerrilleros independentistas africanos.

Cubatas son chozas africanas con techo en forma de cono.

Â Â Â Â Â Quimbanda, en Angola, es curandero.